



Pointe



Pointe

Brandy Colbert



Colbert, Brandy
Pointe- 1a ed.- Ciudad autónoma de Buenos Aires: nube de tinta, 2015
384p.;23x15,4
Traducido por: Silviana Poch
ISBN 978-987-612891-9
I. nARRATIVA JuvenilEstadounidense.I.Poch, Silviana, trad.II.Título
CDD 813.928 3

Título original: *Pointe*
Traducción: Silviana Poch
Dirección proyecto editorial: Cristina Alcmany
Dirección de arte: Paula Fernández
Edición: Leonel Teti
Diseño: Mariancla Acuña
Diseño de cubierta: Lindsey Andrews

2014 Hwa-jeen Na por diseño de cubierta
2012 Brandy Collbert
2015 Nube de Tinta Editoras

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley la reproducción total o parcial de esta obra. El almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias y cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: San Martín 969 10° (C1004AAS), Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444 y rotativas. e-mail: editorial@vreditoras.com

México: Av. Tamaulipas 145, Colonia Hipódromo Condesa,
Delegación Cuauhtémoc, México D. F. (C.P. 06170)
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621 01800-543-4995
e-mail: editoras@vergarariba.com.mx

ISBN 978-987-612-891-9

Este libro se terminó de imprimir en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S.A.
Comandante Spurr 631, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina, en el mes de Enero de 2015.

A Emily B., mi gran amiga
y compañera infaltable de
lecturas.

INDICE

9 Prólogo

11 Parte uno

190 Parte dos

377 Agradecimientos



Todo lo que había estado imaginando durante días se estaba volviendo realidad. Cada detalle se asemejaba a las horribles imágenes que me habían mantenido despierta las últimas noches.

La luna roja reinaba en el cielo. La oscuridad que nos cercaba. Alyssa yacía en el césped con una expresión de infinita tristeza. El Antiguo de pie a mi lado.

-«Cuando la luna de sangre toque el cielo y el mundo se tiña de rojo, se alzará un nuevo Antiguo»-recitó Kenzy- La sangre de un poseedor de magia dará vida al hechizo.»

Tragué saliva y retrocedí unos pasos. Galen sujetó mi brazo con más fuerza y remangó mi chaqueta. No podía detenerlo. No mientras tuviera el anillo separándome de mi magia. Sabía que no iba a desangrarme, o al menos, tenía la esperanza de que no sucediera; atacaría cuando tuviera la oportunidad de ayudar a Alyssa. Por lo que me mantuve quieta, en señal de derrota, mientras la hoja del cuchillo acariciaba mi piel y la sangre se perdía en el caldero.



Capítulo 1

Me gustaría poder decir que el día que donovan regresó fue excepcional desde el principio, que me desperté sabiendo que ese jueves de octubre por la noche iba a suceder algo especial.

Pero la verdad es que fue igual a cualquier otro día de la semana. Fui a la escuela y luego tomé el tren para asistir a la clase de ballet.

Las personas sienten gran fascinación ante la belleza de la danza: las piernas largas, las zapatillas elegantes y los rodetes impecablemente recogidos... *Es el caos total.*

Y además, esa vez estaba llegando tarde, porque el tren nunca funciona a horario cuando tengo que estar en algún lugar importante. Me ubiqué en un rincón vacío junto a los armarios y arrojé el abrigo al suelo mientras me quitaba las ballerinas. Todos conversaban sin cesar mientras se cambiaban, pero yo era la única que todavía seguía con ropa de calle. Phil una vez menciona que le gustaría poder estar en el vestuario sin que lo vieran, y yo me eché a reír cuando comprendí que hablaba en serio. Ahí dentro, los sostenes son de talla pequeña y las caderas no tienen curvas, pero él dijo que no le importaba y que las tetas eran tetas, pero yo creo que se sentiría decepcionado. Sin mencionar el olor a pie.

Eché una mirada hacia la derecha: Ruthie Pathman se encontraba sentada en el borde de la banca y deslizaba los pies dentro de las zapatillas de punta. La posición de la espalda era una línea recta perfecta y su rodete ajustado no tenía un solo rizo fuera de lugar.

-Observarme no hará que te cambies más rápido, Cartwright -comentó sin mirarme.

-No todas podemos darnos el lujo de llegar en auto a la ciudad -repuse mientras daba un tirón a las medias de baile-. El tren llegó tarde.

Al subirlas con demasiada prisa, apareció una corrida en mitad del muslo, rápida y definitiva. Era probable que hubiera otro par perdido en el bolso, pero no tenía tiempo para buscarlo. Las otras chicas comenzaban a marcharse del vestuario y yo aún no había terminado de vestirme.

Ruthie empujó el bolso dentro del armario.

-Tendrás que pensar una excusa mejor. A nadie le agrada eso de echarle la culpa a otro.

Después de repetir una de las frases preferidas de nuestra maestra de ballet, me hizo un guiño y cerró bruscamente el candado con combinación. Desde cierta perspectiva, Ruthie

podía parecer uno de esos ángeles descritos en la Biblia: piel blanca, rizos dorados y grandes ojos de mirada profunda. Pero lo único que tenía de angelical era la forma en que bailaba. Era diminuta, pero yo no conocía a nadie que hubiera participado en más peleas que ella, varones incluidos. Y eso no era poco decir, ya que yo iba a una escuela que poseía una cantidad desproporcionada de idiotas. Cruzó la puerta y después volvió atrás y asomó la cabeza en el vestuario.

-Tres minutos -sus labios se curvaron en una sonrisa engreída antes de cerrar la puerta con firmeza.

Podía atarme las cintas de las zapatillas dentro del estudio, pero todavía debía recogerme el pelo, y Marisa enojaba mucho con solo ver una horquilla fuera de lugar. El vestuario estaba claramente reglamentado: traje de baile negro, medias de baile rosadas y pelo inpecablemente recogido. Estaba en graves problemas levanté la pila de ropa desparada a mi alrededor y a la arrojé dentro del armario. No me quedaba más remedio que arriesgarme a que me gritaran por el cabello ya que, si no corría, no me permitirían entrar al estudio.

Con cada paso, los lazos de las zapatillas de punta se enredaban alrededor de los tobillos y de los talones confabulándose para hacerme tropezar en mi carrera por el pasillo. Gracias al elástico ajustado contra los tobillos, logré mantenerme en pie e ingresar volando en la sala a pocos segundos después del comienzo de la clase y antes de que Marisa cerrara la puerta durante una hora y media. No permitía que nadie observara la clase de los bailarines de último año.

También era muy estricta con respecto a la puntualidad, tanto que si llegabas dos minutos tarde, abría la puerta solamente para escudriñarte de arriba abajo y pedirte que te marcharas. Ya habíamos aprendido hacia tiempo que nuestros relojes debían estar sincronizados con el del estudio. Yo nunca llegaba tarde y era su alumna preferida, de modo que

esperaba como máximo una advertencia. Pero Marisa no se encontraba junto a la puerta sino en el rincón opuesto de la sala, repasando la partitura con un pianista desconocido para mí. Estaba tan ensimismada que ni siquiera registró mi tardanza. Le hice una mueca a Ruthie mientras utilizaba el tiempo extra para atar las cintas de las zapatillas y recoger mi pelo oscuro y grueso, que llegaba hasta los omóplatos, en un aceptable rodete.

A veces, sentía que el estudio era más mi hogar que mi propia casa. El edificio tenía tres salas iguales: pisos con cámara de aire para amortiguar el impacto de los saltos y proteger los pies y las articulaciones; largas barras de madera dispuestas a ambos lados del salón, desgastadas por el roce de innumerables manos; una pared completamente cubierta de espejos que, en tu mejor día, te hacían sentir como si fueras la Reina de los Cisnes y, en el peor, una masa deforme y mareada. Ese era el único estudio sin Ventanas y mi preferido porque eso implicaba que no existían distracciones externas.

En la compañía del último año éramos doce, y la mayoría de nosotros bailábamos juntos desde niños. Nueve mujeres y tres varones: ego y arrogancia a raudales, Carlyn tenía un increíble ángulo de apertura y, algunos días, habría matado por tener los brazos de Elissa y la altura de los saltos de Toby cuando se impulsaba en el aire. Pero tengo buenos pies -mis arcos nacieron para llevar zapatillas de punta- y buena musicalidad y, aunque pueda sonar petulante, sabía que era una de las mejores de la clase.

Ruthie se encontraba en la barra estirando los isquiotibiales.

-Te salvaste gracias al nuevo pianista. Impresionante.

-Dónde está Betty? -pregunté mientras me ubicaba junto a ella. Kaitlin estaba al otro lado, sentada no lejos de la barra en un split derecho. Al estirarse hasta quedar de puntillas, pude ver cómo se tensaban los músculos de sus

piernas bajo las medias de baile.

-Ni idea - respondió Ruthie, encogiéndose de hombros. Pero de dónde sacaron a ese tipo? Se lo ve un poco... sucio.

-Eres una engreída-Giré para observarlo mejor y...¡oh! Ruthie me miró con curiosidad.

-Lo conoces? Claro que sí. Iba a mi misma escuela en Ashland Hills, el pueblito en las afueras de Chicago donde vivo. Era un año más grande que yo y cursaba el último año de la secundaria. Además, era el dealer de Phil.

-Creo que va a mi escuela comenté y volté hacia la barra para no tener que pensar qué rayos estaba haciendo en mi clase de ballet. Finalmente, Marisa atravesó el salón para cerrar la puerta, se colocó en el frente y aguardó a que le prestáramos atención. No tuvo que esperar demasiado: era el tipo de persona que atraía la atención sin proponérselo. Todos nos sentíamos intimidados ante ella, pero no porque fuera temible como en las historias de malvadas maestras de ballet que recorrían el salón para golpear a los alumnos cuando hacían algo mal. Era más bien por que había sido bailarina profesional y ese era su estudio y todos habíamos visto lo que era capaz de hacer en el escenario. Una vez leí su biografía y, de acuerdo con las cuentas que había sacado, ahora debía tener unos cuarenta y cinco años. Sin embargo, no se la veía mucho mayor que en la foto de cuando tenía veinte.

-Antes de que comencemos la clase, quisiera presentarles a nuestro nuevo pianista -anunció.

¿Nuevo? Marisa era cuidadosa con las palabras que utilizaba; nunca habría presentado a un reemplazante como alguien "nuevo". Cuando lo miré, sus ojos ya estaban posados en mí. Volví la mirada hacia Marisa, que nos contó que el esposo de Betty estaba enfermo. Alzheimer. Todos nos quedamos en silencio porque sabíamos que estaban juntos desde la escuela secundaria. No habían tenido hijos y ella siempre

decía que las dos únicas cosas importantes en su vida eran los hombros de Josh Barley se cayeron con la noticia. Betty lo quería más que a ninguno de nosotros, y él sabía. Era difícil resistirse a Josh con ese cabello rojo y esas pecas. Tenía un aspecto muy saludable, Como si siempre estuviera comiendo pastel o yendo de picnic con un grupo de la iglesia.

-Mientras tanto, démosle la bienvenida a Hosea Roth, la más reciente incorporación a nuestra familia- agregó Marisa con una sonrisa-. Hosea posee una gran experiencia musical y es una suerte tenerlo con nosotros.

¿Una gran experiencia musical? Ese era el secreto mejor guardado de la escuela secundaria de Ashland Hills o Marisa nos estaba engañando totalmente, porque yo no tenía la menor idea de que supiera tocar algún instrumento. Hosea hizo un gesto con la cabeza, seguido de una sonrisa que uno se habría perdido si apartaba la mirada por un segundo. Su pelo largo oscuro estaba estirado hacia atrás y le dejaba el rostro libre. Llevaba la misma ropa de siempre: jeans descoloridos, camiseta negra y botas negras de suela gruesa.

Nuestros ojos volvieron a cruzarse. Me conocía. No demasiado bien, pero a veces nos veíamos en la escuela y en la mayoría de las fiestas. Y una vez yo había ido con Phil a su casa a buscar unas pastillas, y Hosea había mirado hacia la calle desde debajo de la capucha y me había visto sentada en el auto de Phil. Se dedicaba especialmente a las pastillas y Phil a la marihuana, pero eran amigos, de modo que hacía una excepción con él.

Hasta ese día, mi escuela y el ballet habían sido mundos completamente separados entre sí, excepto por un punado de veces en que Sara-Kate me había convencido de que la invitara a algún recital. Pero ahora Hosea se encontraba allí, y yo no estaba muy segura de lo que sentía al respecto. Me mantuvo la mirada hasta que yo me rendí y desvié la

vista. Ruthie captó lo que sucedía y puso los ojos en blanco mientras nos colocábamos frente a la barra en primera posición para *plié*.

Hace tanto tiempo que bailo que la danza se ha convertido en una extensión de mi cuerpo. Ya no puedo estirar las piernas sin poner los dedos en punta, además de que siempre estoy pendiente de los brazos, de la espalda y del movimiento de los hombros. Ocurre cuando estoy yendo de una clase a otra, mientras estoy secando los platos e incluso cuando estoy eligiendo manzanas con mamá en el supermercado.

Algunas personas asocian los recuerdos con la música, pero yo puedo relacionar la mayoría de los míos con la danza. La sola mención de la varicela enviaba lentejuelas doradas a través de mi mente al recordar cómo sufría en secreto durante el recital de cuarto curso, cómo hundía los dedos una y otra vez en la tela elástica de mi traje cuando nadie miraba, porque si se enteraban, no me permitirían bailar. El más mínimo olor a mentol me traía recuerdos de dos años atrás, cuando había tenido tendinitis y me untaba constantemente el tobillo con una crema apestosa para calmar el dolor.

Bailar en punta me recordaba a Trent. Había recibido el primer par de zapatillas de punta a los doce años y él había sido mi primer novio un año después. Y no había sido solamente una coincidencia temporal. Me enamoré de él casi tan rápido como aprendí a disfrutar del trabajo de puntas. Por lo tanto, para mí, los dos quedarían unidos para siempre. Un par de semanas después de que hubiéramos estado juntos, Trent me pidió que le mostrara las zapatillas de punta. En el asiento delantero de su auto, las extraje lentamente del bolso y deslicé una en su falda, las cintas flotaron entre nosotros como olas de seda. Acababa de comprarme un par nuevo, de modo que estaban sin estrenar: el rosa tenue y dulce contra-. Me mantuvo la mirada hasta que yo me rendí y desvié la ma

el azul oscuro de sus jeans. Deslizó las manos alrededor del satén, casi maravillado. Luego me miró y dijo que eran bonitas como yo. A veces, me quejaba de cómo me dolían los pies y él decía que debería abandonar si el sufrimiento era tan grande. No creo que comprendiera que todo eso valía la pena: el dolor en los pies e incluso en los tobillos. Lo único que parecía apasionarlo a él era yo.

Al principio, había días en los que estaba tan cansada de bailar en punta que no tenía ganas de ir a la escuela. Y días que no tenía ganas de hacer lo que hacía con Trent. Muchas veces, él era exactamente lo que yo quería y me hacía sentir sexy cuando me apretaba con el torso contra el asiento trasero de su auto y me susurraba al oído que yo era especial. Pero otras, deseaba que pudiéramos volver a la época en la que solo nos besábamos y nos tocábamos suavemente con la ropa puesta. En esos días, no podía entender por qué tener sexo con él me hacía sentir un poco sucia. Después de todo, ya llevábamos meses haciéndolo.

Estiramos y fortalecimos los pies y tobillos mientras hacemos *tendu* y *dégagé*, y rotamos las caderas con el arco de *rond de jambe*. Mi ejercicio de barra preferido es el *grand battement*. Es maravilloso levantar una pierna en el aire lo más alto que puedas y luego regresarla rápidamente a su posición inicial sin perder el control en ningún momento. Para lograrlo realmente, ambas piernas tienen que estar perfectamente derechas mientras ejecutamos el *grand battement devant, à la seconde* y *derrière* (hacia el frente, costado y atrás) de ambos lados.

Una vez que terminamos los ejercicios de barra, dejamos nuestro sitio junto a la pared y comenzamos el trabajo central. Los ejercicios del centro son similares a los que acabamos de hacer pero, como ya entramos en calor, podemos realizarlos sin el apoyo adicional de la barra.

Para cuando llegamos al *allégre*, los músculos estaban flexi-

bles y las piernas se habían extendido derechas y seguras. Me mantuve erguida con el cordel invisible que siempre mencionaba Marisa, el que me hacía saltar por las nubes y estiraba mi cuello con elegancia. Aun en ese instante, con la música de Hosea como banda de sonido, fui capaz de apartarlo de mi mente y bailar como si no hubiera nadie más en el salón. Al sentir la mirada de Marisa sobre mí, me preocupó que pensara que estaba cansada, por lo tanto realicé el siguiente *jeté* mejor que los anteriores. Me permití echarle otro vistazo a Hosea. Era bueno, muy bueno, como si llevara tocando el piano tanto tiempo como yo bailando. Pese a que se trataba de la misma música clásica con la que habíamos bailado durante años, ahora también había una conexión personal que hacía que cada nota pareciera más plena. Más significativa, como si la pieza hubiera sido creada especialmente para nuestra clase de danza. Estaba realmente sorprendida y me pregunté si, en su mundo existirían reglas con respecto a revelar ese tipo de cuestiones. Como que el piano era para maricas y era mejor ocultarlo si no querías que te etiquetaran como tal.

Cuando Marisa dio por terminada la clase, yo estaba exhausta. Bailaba tres noches por semana y todos los sábados. Siempre terminaba chorreando de transpiración, el pecho agitado y las piernas en llamas. Ese día, pensé en el mal aspecto que tendría y evité mirar hacia el piano antes de abandonar la sala.

Todos los jueves, nos reuníamos a cenar con Sara-Kate y Phil después de la clase de ballet. Aunque suena sofisticado, no nos sentábamos en un restaurante a la luz de las velas con manteles y vajilla fina. Ibamos siempre a Casablanca y nos ubicábamos en la mesa del fondo con los asientos de plástico rasgado y un azucarero sucio en lugar de sobres con edulcorante.

A veces, dábamos una vuelta en auto y fumábamos una pipa de marihuana antes de entrar al bodegón. Esa noche habría sido buena para eso. Los inviernos son una mierda, pero no hay nada como el otoño en Chicago. Se que significa que todo está muriendo, pero yo podría quedarme mirando las hojas durante días: dorado, morado y todas las tonalidades de naranja, que brillan como llamaradas en las ramas de los árboles. Me gustan las calabazas gordas apoyadas en los porches y que el aire sea perfecto: fresco pero no helado, cálido bajo el sol pero no sofocante.

Pero no podíamos andar en auto ese jueves porque Phil tenía examen de Trigonometría al día siguiente y quería estudiar. Su auto cuadrado de dos puertas y el escarabajo azul claro de Sara-Kate Worthington ya se encontraban en el estacionamiento cuando llegué desde la estación de tren. Me deslicé en el asiento justo a tiempo para escuchar a Phil ensalzando las virtudes de los locales públicos de beneficencia y las tiendas independientes de segunda mano. Phil Muñoz tenía una opinión formada sobre todo y, normalmente, solía ser La menos popular.

-¿Cómo estuvo la clase? Sara-Kate se volvió hacia mí casi con gratitud. A veces, escuchar a Phil despotricando en forma vehemente era demasiado incluso para ella.

-Bien. Excepto que...

-¿Excepto que qué? -acomodó un mechón de pelo lila detrás de la oreja y se estiró hacia los menús que estaban colocados detrás de las botellas de ketchup y mostaza.

-Excepto que... llegué tarde por el maldito tren dije mientras apoyaba el bolso y el abrigo en el lugar vacío junto a Phil.

Mi amigo soltó el libro de Trigonometría que estaba sacando de la mochila y me miró, los ojos oscuros entrecerrados detrás de los vidrios transparentes de sus lentes de aviador. El marco finito y dorado parecía fundirse en su piel morena

cuando lo observaba desde cierto ángulo.

-Buena excusa, Theo- comentó Phil.

Le hice una mueca y luego agregué:

-Tengo una pregunta.

-Probablemente la respuesta sea no.

- me arriesgaré -bajé un poco la voz-. ¿Todavía le compras marihuana a Hosea Roth?

-Por supuesto - me miró -. ¿Quieres entrar en el mercado?

-De ninguna manera -Sara-Kate sacudió la cabeza enfáticamente desde el otro lado de la mesa, el piercing plateado que tenía en el labio emitió destellos con la luz-. La parte divertida es obtenerla gratis de Phil. No puedes comprarla por tu lado.

-No estoy interesada dije riendo ante la mirada que Phil le echó a mi amiga. -Pero conozco a alguien que puede querer. Me refiero a entrar en el mercado.

-¿Pastillas o marihuana?

-Hongos -contesté, solo para desconcertarlo.

-Eso es inusual dijo arrugando el rostro-. ¿Quién es ese alguien? En la escuela, todos recurren a Hosea.

-Una amiga de ballet. No va a nuestra escuela.

-Puedo averiguar y contestarte.

-No, no importa -Dios mío, ¿qué haría Hosea si supiera que estaba preguntando por él? -. Dijo que todos los tipos de la ciudad eran raros o poco confiables, de modo que estaba buscando a alguien con onda.

-Hosea es el tipo con más onda que conozco -Phil me miró y enarcó una ceja como si eso fuera de público conocimiento. Si él no puede conseguirlos, encontrará a alguien que lo haga.

-No, está bien- fingí buscar algo en el bolso para que Phil no notara mis ojos mentirosos. -De todas maneras, supongo que ella no hablaba en serio.

Sara-Kate hacía girar el sorbete entre el hielo de su vaso.

-No creo que le haya escuchado a Hosea decir más de siado

veinte palabras desde que lo conozco.

-Seguramente porque no logra hacer un solo comentario cuando está con Klein -Phil abrió el libro en la guía de estudio.

-¿Y por qué son amigos? -pregunté mientras me abotonaba el cárdigan hasta arriba. Estaba bastante raído por los sucesivos lavados y el verde vibrante se había convertido en un verde oliva oscuro, pero lo guardaba en el bolso para cuando íbamos a Casablanca, porque ahí *siempre* está helado. Demasiado aire acondicionado en verano y calor insuficiente en invierno.

-No es tan complicado -Phil se encogió de hombros y apartó un mechón de pelo oscuro de los ojos-. Hosea tiene las drogas y Klein el dinero.

-Hosea es lindo -señaló Sara-Kate pensativamente, antes de tomar otro trago de su bebida-. Pero no me agradan sus botas negras. Son opresivas.

La camarera sesentona que venía echándonos miradas de desagrado desde mi llegada, salió fatigosamente de atrás de la barra para atendernos. Jana. Nos odiaba y siempre estaba cuando veníamos. Tal vez esa era la razón por la cual nos odiaba. Golpeando la suela de sus zapatos de lona gastados contra el suelo, nos recitó los platos del día y suspiró cuando Sara-Kate tardó mucho en decidirse entre pepinillos fritos y aros de cebolla, para acompañar el pan tostado con queso. Phil pidió un tazón de chile.

Todos se quejaban de que la sopa de guisantes de Casablanca era sosa, pero yo la pedía porque sabía exactamente lo que iban a darme. La habían colocado en el menú después de que alguien se quejara de la falta de opciones vegetarianas, y los cocineros no sabían o no les importaba hacerla bien. De modo que era floja y prácticamente desabrida pero, al menos, no tenía que preocuparme por cremas o quesos que vinieran en su interior.

Cuando regresó de detrás de la barra, alguien le pidió a Jana que elevara el volumen del televisor y ahí fue cuando lo noté: las personas que estaban en los bancos y en las mesas, los camareros, ayudantes y cocineros, todos estaban mirando fijamente el televisor que colgaba en un rincón del restaurante. Generalmente, estaba puesto en alguna telenovela, en un partido de los Chicago Bears o en alguna película horrible hecha para televisión.

Pero ese día, todos los ojos estaban fijos en las noticias y nosotros los imitamos. Al principio, pensé que era el agotamiento de la clase que me asaltaba justo cuando había conseguido relajarme. Porque, mientras observaba a la mujer que daba las últimas noticias, la cámara pasó del rostro de ella a una fotografía de mi mejor amigo de la infancia.

Mi mejor amigo muerto. Comencé a caminar hacia la barra sin darme cuenta, olvidando que Sara-Kate y Phil estaban detrás.

El nombre de Donovan surgía una o dos veces al año: en el aniversario de su desaparición o cuando alguien enviaba una pista falsa. Por ejemplo, alguien lo había visto en un Burger King de Vermont, o lo habían divisado en la fila de un parque de diversiones en Utah. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de creer que volvería a verlo. Era mi mejor amigo, pero todos saben que los chicos que desaparecen por más de veinticuatro horas fueron abusados sexualmente o los mataron, o ambas cosas.

Pero esta vez era diferente. Los labios brillosos de la reportera sonreían mientras hablaba de manera vacilante y se trababa al leer las palabras del texto de último momento. Decía que estaba vivo. Habían encontrado a Donovan.

Lo primero que perdí fue el oído. No oía voces sino solamente un zumbido descarnado e incesante. Y no podía saber si Sara-Kate, Phil y el resto de las personas del lugar también lo oían, porque luego mis ojos se clavaron en la foto escolar

tomada el último año en que lo había visto. Yo solía tener esa foto en la mesa de noche, separada de las del resto de mis compañeros de clase. Al verla en la pantalla, sentí como si alguien hubiera robado mi diario íntimo y la hubiera expuesto para que todo el mundo la viera.

De alguna manera, tuve conciencia del silencio que reinaba en ese bodegón y de que, por primera vez, nadie decía una palabra y solo se observaban unos a otros, anonadados. Capté también que Sara-Kate se acercaba para ver más de cerca y Phil me acariciaba la espalda mientras indagaba en mi rostro con sus enormes ojos oscuros. *Donovan está vivo.*

-Encontraron a ese chico- dijo Jana, las manos sujetando la manija negra de la cafetera.

Intenté mantenerme de pie, pero mis piernas, las mismas que me llevarían bailando hasta Nueva York... no podían sostenerme, Estaban hechas de gelatina y me habría caído al suelo si Phil no me hubiera atajado. Esa particular combinación de alivio, confusión y euforia era demasiado grande para comprenderla, demasiado grande para hacer otra cosa que no fuera apoyar me contra Phil frente a la barra, mientras las lágrimas se derramaban por los montículos de mis mejillas hasta que él y Sara-Kate me condujeron al exterior sobre mis piernas temblorosas.

Afuera, en el aire fresco de otoño, recuperé el aliento por primera vez en varios minutos y lo repetí en voz alta para convencerme de que era verdad:

-Donovan está vivo. *Donovan había regresado.*



Capítulo 2

Mi vecindario era un caos total. La casa de los Pratt -el hogar de Donovan- queda a dos casas de la nuestra, de modo que toda la calle estaba bloqueada. Me detuve en la esquina y les mostré a los policías quién era. Extraje el documento con manos temblorosas mientras intentaba ver qué estaba sucediendo. Había soñado muchas veces con ese momento, pero en mi versión, Donovan se encontraba en el porche de su casa esperándome, como yo había estado esperándolo a él todos estos años. Mi versión era distinta de la realidad.

Un par de agentes contuvieron a los reporteros, mientras otro me acompañó hasta la puerta, sonrió y se aseguró de que yo hubiera entrado antes de bajar los escalones del porche. La casa estaba tranquila y en silencio, la antítesis de los repiqueteos de postigos, el griterío de las preguntas y el bullicio de la multitud del otro lado de la puerta. Respiré en medio de la quietud.

-Mamá?-llamé.

Pero sabía que no estaba. Ella trabaja medio día en el Departamento de Investigación de la biblioteca y el Jueves era el día en que llegaba tarde. Papá tardaría media hora más y, como no sabía qué hacer, me senté en el sofá con el abrigo abotonado hasta el cuello esperé.

Exactamente treinta minutos después, escuché el lento ascenso de la puerta del garaje, el ingreso del auto de papá y el chirrido de la puerta mientras descendía vibrando hacia el suelo. Luego oí sus pisadas urgentes, los interruptores de luz que se iban encendiendo al atravesar la casa a oscuras en mi búsqueda.

-Aquí dentro -dije cuando pasó deprisa frente a la puerta de la sala de estar. Regresó por el pasillo, entró en la habitación y se quedó mirándome mientras se rascaba la nuca.

-Recibiste los mensajes? Mamá y yo te llamamos varias veces.

Tenía la mirada ligeramente aturdida y la corbata plateada con lunarcitos negros torcida. Se la había regalado el año anterior para el Día del Padre. El usa todo lo que le compro. Hasta el portalápices deforme que le hice en tercer curso en la clase de Arte se encuentra en el escritorio de su despacho contable.

-Ah, sí -respondi. Creía haber mirado el teléfono una vez para ver la hora y no recordaba haber escuchado que sonase o haber visto llamadas perdidas-. Lo siento, me distraje señalé la conmoción al otro lado de las cortinas.

-Mamá?-llamé. Pero sabía que no estaba. Ella trabaja medio día en el Departamento de Investigación de la biblioteca y el

Jueves era el día en que llegaba tarde. Papá tardaría media hora más y, como no sabía qué hacer, me senté en el sofá con el abrigo abotonado hasta el cuello esperé.

Exactamente treinta minutos después, escuché el lento ascenso de la puerta del garaje, el ingreso del auto de papá y el chirrido de la puerta mientras descendía vibrando hacia el suelo. Luego oí sus pisadas urgentes, los interruptores de luz que se iban encendiendo al atravesar la casa a oscuras en mi búsqueda.

-Aquí dentro -dije cuando pasó deprisa frente a la puerta de la sala de estar. Regresó por el pasillo, entró en la habitación y se quedó mirándome mientras se rascaba la nuca.

-Recibiste los mensajes? Mamá y yo te llamamos varias veces.

Tenía la mirada ligeramente aturdida y la corbata plateada con lunarcitos negros torcida. Se la había regalado el año anterior para el Día del Padre. El usa todo lo que le compro. Hasta el portalápices deforme que le hice en tercer curso en la clase de Arte se encuentra en el escritorio de su despacho contable.

-Ah, sí -respondi. Creía haber mirado el teléfono una vez para ver la hora y no recordaba haber escuchado que sonase o haber visto llamadas perdidas-. Lo siento, me distraje señalé la conmoción al otro lado de las cortinas.

-Tienes razón -repuso con una leve sonrisa. Parece un zoológico allá afuera. ;Pero qué te parece si desafia- mos a los paparazzi y vamos a cenar cuando tu madre regrese? Deberíanos celebrar.

-Ya comí -respondi hundiendo los dedos en los cojines vacíos que se encontraban a ambos lados.

No me di cuenta de que se trataba de una mentira hasta que recordé la sopa de guisantes que nunca había llegado a la mesa. Me pregunté si Jana nos habría llevado el pedido y si se habría enojado porque nos fuimos sin cancelarlo.

-Yo preferiría quedarme aquí -retorcí las manos en regazo mientras lo miraba-. Quiero ver el canal de las noticias.

Papá tenía demasiada energía. Quería salir. No dejaba de jugar con el cuello de la camisa y de echar miradas hacia la ventana. Sin embargo, volvió a sonreír. Esta vez, su sonrisa fue más amplia.

-Por supuesto, bebita. Tienes razón. Probablemente sea mejor que nos quedemos todos en casa.

Y así nos encontró mamá, sentados uno junto al otro en el sofá de la sala, mirando la misma historia por diferentes canales. Se sentó del otro lado y, cuando nuestras miradas se cruzaron, tuve que apartar la vista al notar sus lágrimas de alegría. Si mamá comenzaba a llorar, yo no podría evitar que mis lágrimas se derramaran otra vez. Puso la mano sobre la mía mientras yo volvía el rostro hacia el televisor.

Donovan Pratt, 17 años, regresó a su casa en Illinois después de cuatro años en cautiverio.

ÚLTIMAS NOTICIAS: Un joven de Chicago rescatado después de años de estar secuestrado. Los lugareños consideran que el regreso del adolescente es un milagro.

Todos los canales realizaban ese tipo de cobertura continua que, después de un rato, hacía que la gente se alejara del televisor diciendo que ya no estaba interesada. Yo absorbí todo, elegí un pequeño compartimento donde almacenar cada uno de los detalles de la información. Las reseñas eran vagas.

Los noticieros hablaban del abuso, recordaban viejos casos de largos secuestros y de algunos que nunca habían llegado a resolverse. Mencionaron el lugar donde habían encontrado a Donovan: en una cafetería de Las Vegas con la persona que pensaban que lo había tenido secuestrado durante todos estos años. Unos minutos después de las nueve, agregó el reportero de cabello grueso y ojos cansados. Yo estaba en la segunda hora. En Química. Se me cerró la garganta mientras intentaba recordar si había sentido algo durante la clase. Pero no. Había estado distraída, al igual que

cualquier otro día de la semana.

Algunos canales mostraban cronogramas para ilustrar su vida. Usaban gráficos sofisticados y colores brillantes, pero todos llegaban a la misma conclusión: trece años en Ashland Hills como un chico normal, cuatro años a merced de un extraño. Por más que esperé mucho, no revelaron la identidad del secuestrador. Todo lo que sabían era que había un sospechoso detenido.

-Deberías irte a la cama- dijo mamá suavemente a las once.

La cobertura de la noticia se había ido calmando, salvo en los canales más importantes. A esa altura, ya no había nada nuevo, pero yo temía perderme algo si me iba a dormir. Quería saber quién se lo había llevado y qué le habían hecho.

-El seguirá estando aquí por la mañana -comentó mamá como si me hubiera leído la mente.

No sé cómo lo hice, pero subí flotando a mi habitación y, a continuación, me encontré bajo las sábanas. Pero no pude dormir. Cómo podía ser que alguien estuviera aquí todos los días durante años y luego desapareciera? ¿Cómo podía macharse tanto tiempo y después regresar un jueves, como si así lo hubiera tenido planeado desde siempre? No voy a creer que está realmente aquí hasta que no lo vea, pensé.

Donovan era valiente. Con ese estilo de hablar primero y pensar después, pero siempre había verdad detrás de sus palabras. Como aquel día durante la clase de Historia en sexto curso. Yo había estado temiendo esa lección durante toda la semana porque estábamos estudiando la Guerra Civil y no había nada peor que ser la única chica negra de la clase el día en que el maestro hablaba sobre la esclavitud.

La mayoría de los días, no pensaba demasiado en eso de ser una novedad en esta ciudad. En Chicago hay mucha segregación racial y en mi pueblo casi todos son blancos. Sin embargo, la gente no me trata como si existiera una gran diferencia

ni nada de eso. Llevaba tanto tiempo en la misma escuela que era como si se hubieran olvidado de que mi piel era más oscura hasta que algo o alguien se los recordaba. Y la charla esclavitud era uno de esos casos. Sucedió de una de estas dos maneras: uno de esos casos o el maestro me llamaba porque se suponía que yo debía ser una experta en el tema o me ignoraban y solo se dirigían al resto del aula, a mis compañeros rubios de ojos azules.

Como el Sr. Hammond era de la antigua escuela, se lanzó de lleno en el tema. Mencionó algo acerca de los efectos actuales de las leyes Jim Crow y, después de formular la pregunta, me miró y dijo:

-Theo, ¿tienes algún ejemplo de cómo afectaron esas leyes a ti o a tu familia varias décadas después?

Sentí algunos ojos posados en mí y también otros que trataban de no posarse en mí. El aula quedó en silencio y se oyó el rugido del estómago de Macy Wilkins en la fila de adelante. Y por más que lo deseara con todas mis fuerzas, al Sr. Hammond *no* lo tragó la tierra ni se fue volando a un infierno creado para maestros insensibles.

Me quedé sentada intentando pensar la forma de responder sin resultar terriblemente grosera, cuando recordé que ese año yo no era la única persona negra de la clase.

Donovan estaba sentado al otro lado del aula y no tuve que mirarlo para saber que estaba furioso. Sin embargo, no esperaba que dijera nada. Antes de que yo lograra abrir la boca para responderle al profesor, Donovan dijo:

-Sr. Hammond, ¿por qué le pregunta a Theo?

Confundido, el maestro desvió la mirada de mi rostro.

-¿Qué has dicho, Donovan?

Le eché un vistazo. Estaba sentado muy erguido en la silla, con los brazos y las manos apoyados tranquilamente en el escritorio. Sus ojos color café estaban entornados; estiraba

la barbilla con hoyuclo hacia adelante, de manera que parecía que apuntaba hacia el pizarrón.

-Dije: ¿por qué le pregunta a Theo? Ella no había levantado la mano. El maestro frunció el ceño.

-¿Acaso tú preferirías responder la pregunta?

-No. Creo que ninguno de nosotros debería responder -la voz de Donovan era calma, pero sus ojos lanzaban veneno.

-Muy bien, Donovan dijo lentamente mientras su rostro se teñía desde el cuello hasta la frente de un fascinante color rojo-. Les pregunto porque quizá podrían ofrecer una... perspectiva exclusiva, ya que sus ancestros se vieron involucrados de manera muy estrecha. Y ahí fue cuando Donovan perdió la calma.

-Eso es una estupidez. Por qué no le pregunta a Joey, a Leo o a cualquiera cuál es su perspectiva?- para entonces, estaba apoyado hacia adelante sobre el escritorio, los dedos aferrados al borde como si eso fuera lo único que lo contuviera de verse arrastrado completamente por la furia-. Por lo que yo sé, los ancestros de ellos estuvieron estrechamente involucrados. ¡Y los de usted, también!

Lo enviaron al despacho del director por responder al maestro pero, por la sonrisita que me lanzó mientras salía de la sala, supe que había valido la pena y le agradeci con un guiño sutil. Durante las clases sobre la Guerra Civil, el Sr. Hammond no volvió a hacernos una sola pregunta a ninguno de los dos.

Donovan era valiente, pero se puede ser valiente durante cierto tiempo. Mientras yacía debajo de las sábanas mirando el techo, no pude dejar de preguntarme si cuatro años no habría sido tiempo suficiente para quebrarlo. Después del secuestro, me costaba mucho dormir. Me deslizaba en la habitación de mis padres en medio de la noche, y les preguntaba si podía quedarme con ellos.

-¿Qué te pasa, querida?- me inquiría mama, sentándose en la cama, con la cabellera firmemente envuelta en el pañuelo de seda con el que dormía.

Tenía trece años. Era demasiado grande como para correr a la cama de mis padres en busca de consuelo. No podía decirles que, en el fondo de mi mente, pensaba que, si eso había podido sucederle a alguien tan bueno y agradable como Donovan, también podría sucederme a mi. Pero ellos nunca me hicieron sentir mal por eso. Papá me decía: "No puedes desconectar la mente, verdad?". Yo asentía y me escurría en la cama, en medio de los dos. La respiración rítmica de mis padres, el olor familiar de la habitación y la calidez de las sábanas me aliviaban de inmediato.

Pero eso había sucedido cuatro años atrás y ahora Donovan había regresado. No había motivo para tener miedo, a menos que pensara en quién se lo había llevado y, aun así, no importaba, porque esa persona estaba detenida. Durante todos estos años, había pensado mucho en ese sujeto. Sería ¿hombre o mujer? ¿Joven o viejo? ¿Negro como Donovan y yo o blanco como casi todos los habitantes de este pueblo? Pensé en las páginas y páginas que existían en Chicago de agresores sexuales registrados online, y que la mayoría no tenía nada en común salvo el deseo de herir a los demás.

Dormí un ratito pero me desperté alrededor de las dos de la mañana. Tenía que ir al baño. Me quedé sentada allí pensando si las últimas horas no habrían sido un sueño. Quizá me había sentado en la mesa del fondo de Casablanca y terminado mi tarea de Química mientras Phil estudiaba Trigonometría y Sara-Kate trabajaba en el poema para Literatura. Quizás había comido la sopa desabrida de guisantes y, después de todo, quizá Donovan no se encontraba a pocos metros de distancia.

Cuando salí de la habitación, mi madre estaba en el pasillo.

-Mami -no la había llamado así desde que era muy pequeña.- Mami, de veras lo encontraron?

Se acercó a mí y nos abrazamos. Mi nariz quedó apretada contra el pliegue de su axila; ella apoyó la mejilla arriba de mi cabeza.

-Si -me dijo al oído, la voz soñolienta pero satustecha-. Regresó.

Si bien los viernes en la escuela eran prácticamente un día libre, las noticias del regreso de Donovan empeoraron la situación. El director canceló la clase de la segunda hora y, en su lugar, convocó a una reunión. Antes de que comenzara, sali sigilosamente y me dirigí hacia la parte de atrás de la pista de atletismo para fumar con Phil y Sara-Kate.

Junto a Klein y Hosea, mis dos amigos se hallaban ubicados entre las gradas y el cerco que marcaba el límite del predio de la escuela. Klein solía ir allí casi todas las mañanas. Hasta me atrevería a asegurar que le resultaría imposible recordar la última vez que había permanecido sobrio en toda la jornada escolar.

Capítulo 3



Me divisó antes que los demás. Fue algo sutil, pero se irguió levemente y elevó un poco el mentón.

-Cómo va todo, Piernas? - dijo haciéndome lugar mientras sus profundos ojos verdes observaban todos mis movimientos. Olía como si se hubiera arrojado encima todo el envase de colonia, que seguramente era de una marca extremadamente costosa, al igual que cada una de sus prendas y el auto reluciente con el que había ingresado esa mañana.

-No cosifiques a mi mejor amiga de esa manera- dijo Sara-Kate, sonriendo con desgano. Una brisa atravesó el aire y la hizo colocar los brazos alrededor del encaje negro de su vestido vintage, que era muy finito y estaba rasgado con gran estilo. Debía de estar muerta de frío, pero ella no cree en los abrigos hasta que la temperatura no desciende a niveles de congelamiento y, aun en esos casos, solo los usa de vez en cuando.

Me pasó un porro a medio fumar. Me di cuenta de inmediato que había sido Phil quien lo había armado. Es un experto, no hace nada a medias. Si decide ser porrero, será uno condenadamente bueno, con cigarrillos impecablemente enrollados y encendedores que nunca se agotan.

-No estoy cosificándola -señaló Klein con calma.-Yo no tengo la culpa si Theo tiene buenos atributos.

Sus ojos descendieron por mi cuello y se detuvieron en mi top rosado con cuello bebé, que Sara-Kate me había regalado para mi cumpleaños. Me encantaba pero me hacía lucir como si tuviera cinco años y para colmo, soy chata, de modo que Klein parecía un degenerado mirándome como si quisiera arrancármelo. Me abotoné el abrigo hasta arriba.

-¿Podemos dejar de hablar de Theo como si ella no estuviera presente?-agregó Sara-Kate. Yo di una pitada prolongada y eché una mirada alrededor del círculo mientras largaba el humo tratando de decidir a quién le pasaría el cigarrillo. Mis ojos se toparon con los de Hosea y, los dos apartamos la vista.

Me pregunté si pensaría que le había contado a Phil y a Sara-Kate sobre su trabajo en el estudio.

El humo fluyó a través de mí con su manera tan familiar y difusa, se deslizó por mi pecho y me relajó los hombros. Cerré los ojos un instante. Quería recordar ese estado de éxtasis antes de tener que soportar a Crumbaugh en la reunión. Ella se ubicaría junto al director, porque siempre desprovista de cualquier tipo de consejo de utilidad, pero

estaba en el trente cuando ocurría algo importante. Era la peor asesora escolar del mundo, desprovista de cualquier tipo de consejo de utilidad, pero siempre dispuesta a ser el centro de la atención. Klein le dio un codazo a Hosea, pero sus ojos siguieron al cigarrillo que estaba entre mis dedos.

-¿Y de qué se trata esta estúpida reunión? -preguntó, porque nunca podía quedarse callado.

-No es estúpida- repuso Phil y se apartó el pelo de la frente. Ya lo tenía muy largo y se le formaban bucles por arriba del cuello en un estilo desgredado propio de una vieja estrella de rock. Juro que podría viajar en el tiempo hasta cualquier día de 1972 y nadie notaría la diterencia.

-Es necesaria. Escuché a un niño de primer a preguntar quién era el tal Donovan. Me dieron ganas de golpearlo.

-Tal vez es nuevo en el pueblo -aun cuando esta fumada, a Sara-Kate le gusta encontrar alguna razon para justificar a la gente.

-Eso no es excusa para estar desinformado- dijo mi amigo. -Son noticias de conocimiento público.

Pensativo, Phil tomo lo que quedaba del porro y aspiró el extremo de la colilla. Por una vcz, no estaba irritable sin motivo: el también había sido amigo de Donovan. Durante un tiempo, salíamos los tres juntos y comenzamos a llamarnos la Brigada café, porque no había muchos chicos en los alrededores que fueran como nosotros. Cuando nos conocimos en el kinder, yo no me enteré de que Phil era mexicano hasta que escuché a su madre regañándolo en español. Como su piel era solo un poco más clara que la mia, no entendí que la historia de la piel oscura era tan variada como sus tonalidades y que, por lo tanto, fuéramos diferentes.

-Larguémonos de acá -dijo Klein con un suspiro. -Tengo que echarme un pis.

Encabezó la marcha de regreso hacia el edificio de piedra de dos pisos, seguido de Phil con sus pantalones de pana

verde manzana, y Sara-Kate tiritando mientras caminaba con sus pantimedias de red color rojo intenso. Si alguna vez la escuela exigiera el uso de uniforme o pusiera en vigencia el código de vestimenta, no sería ningún secreto quiénes resultarían más atectados. Hosea le dio la última pitada a su cigarrillo de clavo de olor, exhaló lejos de mí, lo arrojó al suelo junto con todas las demás colillas y lo aplastó con la bota.

-Oí que estabas buscando trufas.

-¿Qué?

-Hongos alucinógenos? -las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente. Abrí la boca y volví a cerrarla sin proferir una palabra Maldito Phil.

-No, era una amiga... Ella no estudia acá. Solo estaba averiguando.

Hosea me observó detenidamente. De cerca, sus ojos me sobresaltaron. Eran de un color gris puro y profundo. Como el acero, pero más suave. Metió las manos en el bolsillo delantero del suéter y dijo:

-Avísame si cambia de parecer. Puedo ayudarla.

-Ah. De acuerdo, sí. Gracias.

Comenzó a caminar hacia el edificio, pero yo me quedé mirándolo sin moverme. Andaba con paso firme y su pelo largo parecía terriblemente suave y desordenado al mismo tiempo. Era más alto de lo que había imaginado: por lo menos, un metro ochenta y ocho, tal vez, uno noventa. Tenía hombros anchos, que se encorvaban hacia adelante al caminar, como si se encerrara dentro de sí mismo. Permanecí contemplándolo durante tanto tiempo que giró hacia mí y me preguntó:

-¿Vienes?

De regreso a la escuela, no hablamos. Caminamos uno junto al otro pero no realmente juntos, porque él tenía novia. Elie Harris. Y siempre andaba cerca. De hecho, me pregunté

dónde estarían ella y Trisha en ese instante. No sabía si eran mejores amigas porque realmente se querían o simplemente porque estaban saliendo con Hosea y Klein.

Una vez que entramos, dejé que se adelantara un poco. Yo estaba totalmente colocada y todos circulaban jun a mi a mucha velocidad y en la misma dirección. Los profesores intentaban controlar un poco a la multitud, pero nosotros los superábamos en número. Mis reflejos eran desastrosos y un par de chicos de segundo año, que pasaban a toda carrera tratando de atravesar la densa marea de estudiantes, me hicieron dar vueltas. Estaba a punto de perder el equilibrio cuando alguien me enderezó justo a tiempo con una mano firme.

-¡Theo! ¿Te encuentras bien?

Bryn Davenport. Se vestía muy formalmente de lunes a viernes y era probable que vomitara tres cuartos litros de vodka durante cualquier fin de semana. Una vez, le había sostenido el pelo. No fue tan terrible, era amable cuando se emborrachaba. Debí de haberme agradecido como quince veces mientras permanecimos sentadas en el suelo del baño de Victoria Martino.

-Estoy bien -respondí-. Es solo que esta mañana estoy un poco lenta.

-Dios mío, puedes creer que Donovan haya regresado? -Bryn se pasó la mano distraídamente por su pelo corto y negro-. Nunca pensé que volveríamos a verlo.

Si comenté, a paso de tortuga, en medio de la bruma, colocada como la mierda. Supongo que yo tampoco. Donovan y yo solíamos hablar sobre la secundaria aun antes de llegar a sexto curso. Habíamos jurado no convertirnos en esos amigos que dejaban de hablarse cuando cambiaban de escuela y conocían gente nueva.

-Si para entonces nos hartamos de estar juntos? -yo estaba colgando boca abajo en su cama con la cabeza cerca del

suelo y sostenía en la mano una barrita pegajosa de chocolate con fresa.

-No vamos a hartarnos de estar juntos, Theo -afirmó desde el otro lado de la cama. Mis pies estaban cerca de su cabeza y viceversa-. Nos conocemos de toda la vida. Casi. Qué puede cambiar?

-No lo sé -recorrí con la mirada su dormitorio: la guarda azul y gris del empapelado de las paredes, que tenía grandes pelotas de béisbol; la manta gastada haciendo juego y las cortinas desteñidas por el sol; la estantería con revistas de historietas del otro lado, junto al escritorio. Ya estaba muy grande para esa habitación (excepto para las historietas: estaba segura de que nunca sería demasiado grande para ellas), pero creo que una parte de él se resistía a pedir un nuevo dormitorio y menos infantil. Igual que yo odiaba pensar que ese probablemente sería el último año en que podría admitir que todavía jugaba con muñecas.

-Y qué pasaría si te consigues una novia y yo no le agrado?- señalé mientras hacía sonar los dedos de los pies junto a sus oídos-. O dejas de hablarme porque no quieres que se entere de que te chupaste el dedo hasta tercer curso?

-¡Solo cuando no había nadie cerca! - se quejo con voz muy alta mientras empujaba con fuerza mis Piernas, casi arrojándome de la cama-. Y yo sé varias cosas sobre ti.

-¿Ah, sí? Te refieres al Sr. Sapo? -mordisqueé el extremo de la barrita- ¿Y qué? Está sobre mi cama, pero ya no tomo el té con él.

-No, les contaré que roncas cuando duermes.

-Eso no es Cierto!- me incorporé con los codos pero lo único que pude ver fue su cuerpo estirado a mi derecha. con una camiseta azul y anaranjada de los Chicago Bears. -Tú eres el que ronca... y se babea.

-Al menos mis padres no dejan una luz encendida por la noche en mi habitación por las dudas echó a reír y le di un

golpe en el muslo. Después abandonamos el tema porque yo tenía que pedirle una bolsita de dulces que estaba fuera de mi alcance.

-En serio, Theo, nos llevaremos bien, verdad? Secundaria, novias, novios, lo que sea, no? -su voz se fue apagando como si pensara que no debería haber dicho nada. Como si hubiera sido demasiado sincero y creyera que yo me burlaría de él.

-Por supuesto -respondí, y esas dos palabras flotaron en el aire por unos segundos, como si se tratara de un acuerdo verbal. Y luego:- Dónde ibas a conseguir a otra que te soporte tanto como yo?

Donovan había permanecido con nosotros hasta el final de la primaria, de modo que los alumnos que pasaron a esta escuela para empezar la secundaria o cambiaron de una institución privada a esta como Sara-Kate y Klein, solo sabían de él a través de las noticias y de las historietas de otros chicos. Era extraño pensar que Sara-Kate sabía tan poco acerca de una parte tan importante de mi pasado, que hasta Bryn Davenport estaba más cerca que ella de toda esa situación.

En ese entonces, la secundaria parecía algo tan lejano. Era difícil aceptar que yo había llegado hasta ahí y Donovan no.

Me pregunté si habría asistido a la escuela durante estos cuatro años.. O Si estaba encerrado las veinticuatro horas del día, sujeto a un mueble mientras el secuestrador salía.

-Lo siento-se disculpó Bryn, los ojos llenos de preocupación-Demasiado para un viernes por la mañana?

-No, no -sacudí mi cabeza mareada y tiré lentamente el dobladillo de mi top.- Estaba pensando en el cuestionario sobre las formas de gobierno. Lo olvidé totalmente.

-Bueno, es para Jacobsen -Bryn sonrió levemente, me tocó el brazo con suavidad y dejó la mano por un momento, como si temiera que no pudiera mantenerme en pie por mis propios medios. Realmente parecía tan drogada? Necesitaba

un espejo-. Si te va mal, te dará otra oportunidad. Nos vemos.

Se alejó de prisa y desapareció en la multitud, abriéndose paso entre dos enormes jugadores de fútbol americano. Bryn sí que era pequeña y temeraria.

Todos nos apilamos en el amplio y húmedo gimnasio entre los chirridos de nuestros zapatos sobre el lustroso campo de básquet. Miré a mi alrededor durante lo que me pareció que habían sido diez minutos antes de avistar a Sara-Kate y a Phil. Luego respiré profundamente y comencé a trepar las gradas de madera. Solo me tambaleé una vez y me afirmé en Joey Thompson, cuyos hombros eran tan gruesos que no creí que se hubiera dado cuenta.

Parte dos



Capítulo 4

Intenté deslizarme hacia el extremo donde se encontraba Phil, pero él no se corrió. Dejó de hablar con Sara-Kate el tiempo suficiente como para señalar el lugar vacío que había al otro lado de ella. Genial. Pisé los pies de Phil y luego los de Sara-Kate, antes de dejarme caer junto a Klein. Hosca se encontraba a su lado. Sus ojos se posaron en mí y luego se apartaron y, por alguna razón, eso me pareció una pérdida mucho mayor de lo que había sido en realidad.

Klein se inclinó hacia mi y juro por Dios que su colonia casi me ahogó, pero me concentre en respirar por la boca para que no lo notara. Lo que yo realmente deseaba hacer era mirar más allá de él y hablar con Hosea, preguntarle cómo había llegado a tocar tan bien el piano.

-Vienes esta noche a mi fiesta, no? -preguntó Klein con una amplia sonrisa.

Unos tragos de vodka y una o dos pastillas y, sin la menor duda, eso se transformaría en una sonrisa libidinosa.

Me contuve para no retroceder y le respondí: "Pienso que sí", mientras hacía sonar mis nudillos uno por uno.

Eché una mirada a Phil y a Sara-Kate, pero no podían ayudarme. Phil estaba quejándose de todo el tiempo que había pasado preocupándose por el examen de trigonometría para que terminara pospuesto por esa reunión, mientras Sara-Kate asentía con las piernas cruzadas una sobre la otra con pantimedias de red. Mi amiga era buena: parecía que estaba realmente interesada en lo que Phil decía.

-Vamos a festejar que tu amigo regresó -Klein se acercó más a mí y dijo en voz baja: -No pienses, Piernas. Ven.

-¿Cómo está Trisha? - pregunté en voz alta.

Desde el otro lado de Klein, se escuchó una risa leve. No pude esconder la sonrisa pero tampoco pude mirar a Hosea. En cambio, dirigí la cabeza hacia el frente donde el director y la asesora escolar intentaban silenciar a todo el mundo para comenzar la reunión.

El director Detz se refirió al milagro del regreso de Donovan. Comentó que, a pesar de que no todos lo habían conocido, formaba parte de la Escuela Secundaria de Ashland Hills porque, si no lo hubieran secuestrado, ahora sería alumno de cuarto año.

Las manos entrelazadas, Crumbaugh estaba de pie junto a Detz, con aspecto de que el otoño había explotado encima de

ella. Era un poco absurdo que hubiera dedicado su vida a preparar chicos para enfrentar el futuro cuando ella todavía se vestía como una niña. Su guardarropa combinaba con las estaciones y con las fiestas: en octubre, suéteres con calabazas y, en febrero, corazones rojos de pies a cabeza.

-Este es un momento de alegría -declaró con su voz nasal.

-Pero sé que algunos de ustedes pueden sentirse confundidos por los sentimientos que ha desatado el regreso de Donovan. Por ese motivo, durante las próximas semanas y mientras nos vayamos enterando los detalles de su historia, voy a trabajar en horario corrido.

-¿En serio? ¿Está diciendo que lo hace por nosotros?

-No sé de qué habla -comentó mi amiga mientras sacudía la cabeza y llevaba la mano al piercing plateado que tenía en el labio inferior. Ninguno de los que se encontraban en ese gimnasio tenía la menor idea de todo lo que le había sucedido a Donovan, ni podían siquiera imaginarse cómo había sido su vida a partir de los trece años. Aun cuando no hubiera estado encadenado a una cama, sus días no debían haber tenido nada que ver con los nuestros.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que nunca había asistido a una escuela secundaria. Los secuestradores no se preocupan por la educación, ni por las actividades extracurriculares ni por las dietas balanceadas.

-Gracias, Sra. Crumbaugh-Detz le sonrió como si ella fuera el ser más agradable del planeta. A continuación, ambos comenzaron a lanzarnos una serie de extrañas advertencias de peligro, que eran más apropiadas para una clase de niños.

Sara-Kate pronunció mi nombre y, cuando elevé la mirada, ya estaba de pie y me extendía la mano como para ayudar a levantarme. La reunión había terminado. Y yo me sentía peor que al comienzo.

Hablar de Donovan no me haría olvidar que, durante meses y

hasta años después de su desaparición, cada vez que salía de mi casa escuchaba su voz: haciendome bromas acerca de la manera en que me paraba en primera posición aunque no me encontrara en clase de baile, los talones juntos y los dedos de los pies apuntando hacia lados opuestos. O invitándome a su casa para comer el postre, porque los Pratt comían pastel, tarta, helado todas las noches y no solamente durante las fiestas o en ocasiones especiales.

Una charla con Crumbaugh tal vez podría ayudar a otros alumnos, a aquellos que no tuvieran los recuerdos o la conexión que yo tenía con él. Aquellos que no tuvieran un registro de años de pijamadas e innumerables viajes a la escuela compartiendo el mismo vehículo, que no supieran que él me entendía completamente sin siquiera proponérselo.

Pero hablar de Donovan no conseguiría hacerme olvidar la última vez que nos habíamos visto. Esos últimos minutos compartidos habían estado tan llenos de tensión y secretos que había llegado a cuestionarme, por primera vez en mi vida, si todavía seguíamos siendo mejores amigos.

Sin ninguna duda, las fiestas de Kietn Anderson eran realmente las mejores. A la mayoría de las familias de Ashland Hills les iba muy bien, pero los Anderson eran una familia adinerada, lo cual los distinguía de los demás. También significaba que Klein tenía acceso a todas las drogas y bebidas alcohólicas que quisiera. Y lo mismo con respecto a las chicas... si Trisha Dove no se encontraba cerca para controlarlo.

Cené con mis padres, me cambié la ropa de la escuela y esperé a que Phil me viniera a buscar. Sara-Kate también iba, pero él me recogía primero a mí porque yo vivía más cerca de su casa. Mis padres se habían instalado en la mesa del comedor y estaban muy concentrados en una partida intensa de Scrabble. Cuando entré con la chaqueta puesta, se tomaron

un descanso para emitir las usuales advertencias de fin de semana. Ten cuidado, regresa antes de medianoche, no viajes en un auto con alguien que haya bebido y, a partir de ahí dejé de prestar atención.

Al encaminarme hacia el auto de Phil, eché un vistazo hacia la casa de Donovan y me asaltó una sensación de *déjà vu*. Igual que cuatro años atrás, el porche y la escalinata estaban cubiertos de carteles. Solo que esta vez, en lugar de ser mensajes de esperanza y hasta de súplica, ¡irradiaban alegría y gratitud! ¡Y signos de admiración! ¡bienvenido, donovan!, ¡Dios es siempre bueno! y ¡¡te extrañamos!!

Había muñecos por todas partes, como si unos delfines de peluche pudieran compensar todo el tiempo que no había podido ser un niño. Y las velas... cubrían todas las superficies planas disponibles: velas perfumadas, velones, hornillos. Yo sabía que la gente que dejaba todas esas cosas lo hacía con buena intención, pero lo que había logrado era convertir el jardín de los Pratt en un santuario... o en un basurero.

Cuando me acomodé en el asiento del acompañante, Phil también estaba contemplándolo.

-Imagino que no pudiste verlo, verdad? -pregunto mordiendo el labio inferior mientras volteaba hacia mí.

-Llamamos varias veces pero no responden respire profundamente, pensando cuán optimista había estado esa misma tarde cuando mi madre y yo nos sentamos una al lado de la otra en el sofá, con el teléfono en medio de nuestros oídos. -Creo que desconectaron el contestador, y mamá dice que no podemos ir a su casa sin hablar antes con alguien.

-Qué crees que estaba haciendo? Además de sentirse realmente feliz de estar de vuelta...

-Tal vez eso sea todo. - estiré el cinturón de seguridad por encima del pecho y lo ajusté. -Tal vez estar feliz sea suficiente.

Lancé una mirada a mi alrededor mientras Phil retrocedía

hacia la calle. Nuestro vecindario era igual a cualquier otro barrio suburbano del Medio Oeste de los Estados Unidos. Las mismas casas de ladrillos, las mismas entradas para el auto, los mismos jardines cuidados y elegantes, y los mismos porches con decoraciones para las fiestas. En esa época del año, había calabazas coloridas desplegadas en grupos de tres o cuatro, y coronas de flores y hojas secas colgadas.

-Phil, ¿dónde piensas que estuvo?-pregunté observando por última vez la casa de Donovan antes de que marcháramos en dirección contraria-. Sé que los policías lo encontraron en Las Vegas, pero dónde crees que vivía realmente?

-No sé -Phil miró hacia ambos lados antes de atravesar un cruce de calles. En realidad, nunca lo pensé. Lo que quiero decir es que sí lo pensé, pero me hizo sentir mal. Yo estaba acá, llevando una vida normal en una casa normal, y él estaba viviendo en no sé dónde, obligado por alguien a hacer Dios sabe que...

Apoye la mano en su brazo cuando se interrumpio y le di un suave apretón justo arriba del codo.

-yo también... ¿Piensas que estará igual? Digo... de qué hablaremos cuando finalmente lo veamos? No puedo imaginármelo. No puedo... No sabré qué decir.

Phil permaneció callado unos instantes mientras rodeábamos el pueblo para ir a la casa de Sara-Kate.y me pregunté qué le parecería a Donovan Ashland Hille ahora... Qué le parecerá, me corregí, cuando salga de su Casa. Había cambiado un poco desde su desaparición. No muchísimo, pero lo suficiente como para notar la diferencia si había faltado durante cuatro años. Como por ejemplo las famosas cadenas de cafeterías que se habían instalado e intentaban lograr que los locales tradicionales cerraran sus puertas. O la nueva parrilla en la misma calle que Casablanca, donde todos los días alrededor del mediodía olía como si

alguien estuviera disparando un cañón con carne de cerdo. Luego estaban la Escuela Primaria de Ashland Hills y la tienda hippie de productos orgánicos, que siempre estaba vacía. A nosotros no se nos ocurría pensar qué pasaría si, repentinamente, dejáramos de verlas todos los días.

-Recuerdas la vez que fuimos al parque de diversiones *Great America*? -Phil se detuvo ante la luz amarilla en lugar de cruzar, como yo lo habría hecho. Es el conductor modelo del manual de conducción: las dos manos en el volante en el ángulo perfecto, nunca a más de tres kilómetros por encima de la velocidad máxima.

-Ah...Con nuestros padres? -hacía años que no recordaba ese día. -Sí -cuando lo miré, Phil sonrió. Éramos ocho, no Nueve -señalé-. Glen había venido con nosotros comenzo a llorar porque era demasiado bajito para esa montana rusa a la que subimos una y otra vez hasta que vomitaste. Estómago débil. Es genético su sonrisa se amplió deidiendo ver sus dientes blancos y perfectos. Y así debería ser, puesto que habian estado encerrados dentro de aparatos de ortodoncia durante tres años y medio.

-Yo no fui el único. Recuerdas la apuesta?

-Dios mío -gemí mientras me sujetaba el estómago ante el recuerdo -¿Cómo olvidarlo? Todavía no puedo comer salchichas.

En el patio de comidas de *Great America*, Phil le había apostado a Donovan que no comería tres salchichas seguidas de treinta centímetros cada una, pagadas con su propio dinero. Donovan lo hizo pero terminó vomitando su proeza cinco minutos después, en un extremo del patio. Al rato, Phil lo imitó y, no es necesario que lo diga, a los empleados del parque y a nuestros padres no les pareció nada divertido.

-Mamá quiere invitar a cenar a la familia de Donovan y a ustedes anunció Phil-. Todavía no hablamos con ellos, pero mamá ya está planeando el menú. Si nosotros hubiéramos

mos estado separados tanto tiempo como Donovan y su madre, probablemente la mía me daría tanta comida que terminaría muerto.

-Tu mamá sería capaz de alimentar a todo el vecindario hasta que no quedara nadie vivo -busqué mi teléfono para enviarle un mensaje de texto a Sara-Kate avisarle que nos encontrábamos a pocas calles.

cuando llegamos, estaba fumando a oscuras en el porche de su casa y, al vernos, caminó rápidamente hacia nosotros.

Llevaba una túnica que le envolvía el cuerpo, leggings y botas de gamuza hasta la rodilla. Al observarla, pensé cuán extraño me resultaría tener curvas como esas y exhibirlas sin ningún pudor. Sara-Kate me mataría si yo dijera esto en voz alta pero ella era una especie de personaje de historieta. Sus rasgos eran tan exageradamente perfectos que, si uno la observaba durante mucho tiempo, daba la sensación de que era un dibujo. Labios carnosos y ojos color café tan grandes y sinceros que podrías ahogarte en ellos. Conocía todos los secretos del maquillaje pero, si yo fuera ella, no me pondría nada en el rostro: era igual de bonita sin nada de pintura.

-Hola, hermosa -me dio un beso en la mejilla, me quitó la marca del lápiz labial con el pulgar y luego pasó detrás de mí para sentarse en el asiento trasero.

-¿Dónde están tus padres?- pregunté con la mirada fija en el cigarrillo que colgaba entre sus dedos medio e índice. Dejé la ventanilla levemente abierta.

-Mamá tiene un evento en el centro esta noche.

-Más vale que tengas cuidado con eso -advirtió Phil con voz paternal girándose para mirar a Sara-Kate y a su cigarrillo.

-Acaso alguna vez quemé o profané de alguna manera tu precioso automóvil? -preguntó mientras colocaba el cigarrillo justo fuera de la ventanilla, para que el humo y la ceniza volaran hacia atrás.

-Solo fíjate dónde lo pones, ok? -Phil enfiló hacia la casa de Klein, por lo cual las viviendas fueron aumentando de tamaño con cada calle que cruzábamos. Los jardinesse volvieron más amplios y los autos, lujosos.

Sara-Kate lanzó el humo hacia afuera en dos anillos perfectos y luego acomodó su cara redonda entre los asientos.

-Gracias por llevarme, Philip.

-Es un placer. -Sara-Katherine-volteó la cabeza para mirarla.

-Pero no es Katherine -su rostro constantemente sonriente hizo una mueca al borde del llanto.-Y tampoco es Philip -se detuvo mientras circulábamos frente a mi casa preferida de Ashland Hills: blanca, de tres plantas, techo plano, columnas macizas y un balcón largo en el primer piso-. A menos que seas mi madre.

Pero, cuando lo miré, no alcanzó a ocultar la sonrisa con la suficiente rapidez. Los padres de Klein siempre estaban de vacaciones o en viaje de negocios, y sus fiestas se habían convertido en una institución. Contrataba verdaderos DJs de Chicago y las reuniones solían durar toda la noche. La policía nunca aparecía porque su familia era la más rica de Ashland Hills.

Los vehículos ya estaban aparcados en toda la cuadra, de modo que tuvimos que dejar el auto en la calle siguiente. A mis padres les daría un ataque si alguna vez se enteraran de que yo hice una fiesta semejante. Tampoco es que yo haría algo así. Normalmente, mamá y papá eran bastante relajados, pero cuando sucedía algo importante, actuaban con rapidez. Si intentara llevar delante una fiesta como la de Klein, caería sobre mí por lo menos un mes de castigo. Probablemente más.

Cuando llegamos, Ellie Harris estaba sentada en los escalones de la entrada. Acerco la cabeza hacia Lack Pearson, nos observó y luego la echó hacia atrás con una carcajada. No sabía que era lo que a Hoseca le gustaba de ella.



Capítulo 5

Pues yo no habia conseguido encontrar nada muy interesante. Era normalmente bonita, supongo con un estilo más bien producido. Buenos reflejos en el pelo y labios con el brillo perfecto: el tipo de chica que nunca salía de su casa si no estaba totalmente maquillada. Me pregunté si Hosea la habría visto alguna vez a cara lavada.

-Hola, Phil -dijo después de tomar un delicado sorbo de una botella de sidra.

-Si, hola, Phil -repitió Lark, que se había puesto tanto delineador en los ojos que parecía que alguien le había dado un puñetazo. Phil esperó un par de segundos para ver si ellas nos saludaban, pero no lo hicieron. Lark le susurró algo a Ellie y esta vez las dos rieron. Ellie emitió unas risitas burlonas mientras inclinaba la botella para tomar otro trago.

-Señoritas, con su permiso -repuso Phil. Diablos, el si sabía cómo hacer para que una palabra fina sona como una grosería. Mantuvo la pesada puerta abierta para que pasáramos y la cerró con firmeza detrás de sí.

Ingresamos a la habitación que se hallaba a continuación del vestíbulo, donde todos dejaban los abrigos. Pequeña y sencilla pero confortable; tenía una alfombra de terciopelo color crema y un sillón más pequeño haciendo juego, una estantería con clásicos de tapa dura y un televisor moderno en la pared más lejana. Phil colgó nuestros abrigos en el armario, en perchas de madera. En lugar de arrojarlos sobre los sillones como los demás. No sabemos por donde ha andado toda esa basura mascullo mientras colgaba su chaqueta oscura de cuero de segunda mano.

-Les cuento algo: Lark y yo estuvimos juntas el año pasado en la hora de estudio y fue muy simpática conmigo -comentó Sara-Kate, con el ceño fruncido por la confusión-. Siempre me avisaba cuando había liquidaciones de maquillaje.

-La culpa es de Ellie Harris -me quité el gabán y se lo alcancé a Phil que esperaba percha en mano-. Arruina todo lo que toca.

-Y el primer round es para Theo -anunció Phil mientras arqueaba una ceja en señal de reconocimiento. Klein fue una de las primeras personas que encontramos al regresar al vestíbulo. Se encontraba cerca de la escalera caracol inspeccionando a la multitud como si fuera el rey, por las dudas de

que alguien olvidara quién era el dueño de casa. Phil puso los ojos en blanco. Todavía no puedo creer que te acostaste con ese tipo dijo mientras le daba un tirón a su chaleco de jean con los bordes deshilachados.

-No me acosté con él -le eché un vistazo a su chaleco. En realidad, no era más que una vieja chaqueta de jean con las mangas recortadas -Y tú eres su amigo. Somos amigos tangenciales-ingresamos en la sala. Sara-Kate a mi lado, Phil adelante. Apenas un paso más allá de ser simples conocidos.

Leo Watson pasó junto a nosotros con sus Wranglers y su sombrero Stetson color café y se detuvo un segundo para hacer una mueca ante los jeans negros y angostos de Phil. No me pareció que fuera la persona indicada para emitir algún juicio, ya que se vestía como si trabajara en un rancho.

Creo que la cantidad de veces que te drogaste con alguien es directamente proporcional al nivel de amistad que tienes con esa persona -afirmé. Tú y Klein están a un paso de comprarse pipas haciendo juego.

-Tonterías- se quitó los lentes para limpiarlos con la camiseta y solo hacía eso cuando no sabía qué decir. Incliné la cabeza hacia el costado y lo miré.

-Tres palabras: fiesta de invierno.

Sara-Kate lanzó unas risitas burlonas y yo la imité.

Utilizábamos cualquier excusa para traer a cuento lo que había sucedido en aquella ocasión. La fiesta de invierno era el baile de la escuela. Pocos se tomaban en serio la fiesta de bienvenida, salvo los deportistas y el concejo de estudiantes, y el baile de graduación estaba tan sobrevalorado que dudo que llegara a satisfacer las expectativas de alguien. Pero la fiesta de invierno se encontraba justo en el medio del año, un par de semanas después del regreso del receso escolar, cuando todos estaban buscando algo que venciera la depresión post-vacaciones. Para decirlo claramente, era la noche

en que toda la escuela se vestía elegantemente y se emborrachaba, todos bajo el mismo techo. Yo solo había ido una vez en pareja y había sido con Klein, a los quince años. A los dieciséis, había ido con Sara-Kate.

-Ni loca entro en esa conversación- dijo levantando las manos y sacudiendo Su cabellera rojiza. -Vayamos a buscar algo de alcohol. Mami está sedienta.

Próxima parada: la cocina. Casi todas las marcas clases de bebidas alcohólicas imaginables estaban desparramadas sobre las mesadas de granito: algunas destapadas, otras medio vacías y otras sin tocar, como la gigantesca botella de schnapps. La puerta de atrás daba a un patio, donde había muchos chicos reunidos alrededor de tres barriles de cerveza. La música vibraba a través de la casa a un volumen tan esordecedor que hasta las botellas repiqueteaban con el ritmo.

Phil y Sara-Kate salieron al patio para analizar cómo andaba el tema de los barriles mientras yo evaluaba las opciones en la barra. Estaba inspeccionando la etiqueta de una botella de vodka, cuando Klein ingresó en la cocina. No había cambiado demasiado desde que salíamos juntos. Se había afeitado los rizos, por lo tanto su cabeza estaba cubierta de púas negras, que acentuaban su extraordinaria estructura ósea.

Se acercó tanto a mí que pude oler el jabón de la ducha y el licor de su aliento. Supongo que eso era mejor que la colonia.

-Viniste, Piernas.

Sonreí y le dije hola. Creo que siempre le estaría agradecida a Kein. No es mi tipo, pero era exactamente lo que necesitaba dos años atrás. Me hizo olvidar lo que le había sucedido a Donovan y también aquellos meses en Juniper Hill. Pero lo más importante era que me hizo olvidar a Trent.

Trent, que tenía cinco años más que yo. El dicciocho y yo trece. Trent Miler, que me había declarado que me amaba y que quería estar conmigo, y me había hecho creer cada pala-

bra que había dicho sobre nosotros. Trent Rvan Miller, que un día se marchó de improviso y nunca más volví a saber de él. Los psicólogos concluyeron que había sido gran parte de la razón por la cual terminé en Juniper Hill, siempre y cuando no estuvieran ocupados echándole la culpa al ballet.

Klein era un poco descuidado pero dulce y siempre me trataba como si yo fuera la chica más hermosa del mundo. Todavía lo hacía, solo cuando su novia no estuviera cerca. Como si supiera que estaba pensando en ella, unos minutos después, Trisha hizo su aparición con los ojos vidriosos y el pelo despeinado muy a la moda. Era alta y delgada, pero su delgadez no era de esas que hacían que la gente quisiera internarte.

-Hola, Theo -saludó con voz distante. Es realmente increíble lo de Donovan. Yo me sentaba detrás de él en cuarto curso, recuerdas? Hicimos ese proyecto para ciencias con un indicador de lluvia.

-No lo recordaba, pero asentí y comencé a retroceder lentamente para que no notara que intentaba marcharme.

Pero Klein vio todo. Espera tomó un vaso rojo de una de las pilas donde estaban colocados boca abajo, en fila como si fueran los sombreros que usaba el ejército turco. -Déjame prepararte un trago.

-No, gracias -repuse y señalé el patio. -Cerveza.

-Tienes cara de que te vendría bien una cerveza -dijo una voz simpática a mi izquierda. Eddie Corteen. A pesar de que habíamos ido a la misma escuela desde pequeños, no sabía nada de él. Iba a clase todos los días, asistía a todas las fiestas y era tan agradable que parecía que estaba actuando hasta que te dabas cuenta de que nadie podría mantener una actuación semejante durante tanto tiempo. Pero no podía recordar haber conversado alguna vez con él, nada que fuera más allá de un rápido hola o pedirle sus apuntes si me había perdido la clase de Literatura.

perdido la clase de Literatura.

-Tienes razón -repuse, puesto que él ya estaba bomombeando el barril-. Gracias, Eddie.

-No hay problema-dijo inclinando la cabeza mientras metía la mano dentro de una bolsa de plástico y llenaba un vaso rojo. -¿Cómo va todo? Estuve pensando en ti -se sonrojó tan rápido que me pregunte como habria hecho su mente para comunicarse tan velozmente con el cuerpo. Sus cejas rubias, casi blancas, se perdieron en la piel rosada. -No, no quise decir eso. Es que... Donovan. ¿Entiendes?

Claro. El también lo había conocido. Me alcanzó el vaso y bebí: helada, con gas y muy poca espuma. Normalmente, un viernes por la noche, me habría abstenido de tomar cerveza ya que tenía clase de ballet al día siguiente muy temprano, pero después de lo que habían sido esos últimos días, me lo merecía. Sin embargo, pensar en Donovan arruinó la perfección de esa cerveza.

-Siento que esta noche no debería haber salido- Termine divulgando mis temores a la persona que probablemente menos conocía de toda la fiesta. Las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas. -Como si estuviera mal porque él está en su casa con su mamá... recuperándose.

Recuperándose. Qué palabra horrenda, pero no supe qué otra cosa decir. Donovan estaba herido y sufriendo y se hallaba en su casa tratando de sanarse. Quizá no lograba cerrar los ojos sin que lo atormentaran miles de pesadillas.

¿Qué estaba haciendo yo? Hasta ese momento, nunca se me había ocurrido no ir a la fiesta de Klein, pero al pensar en Donovan la culpa me asaltó por dentro mientras me hallaba en el patio con un vaso de cerveza en la mano, hablando con chicos que habían sido sus compañeros de escuela.

-No tienes que verlo de esa manera -señaló con voz cautelosa. -Yo solía sentarme detrás de ustedes en el autobús y..

bueno, los dos parecían muy unidos. Fuiste una buena amiga para él mientras estuvo aquí, Theo.

-Gracias, Eddie -dije mirando fijamente mis botas negras. Estaba sorprendida de que Eddie recordara como nos llevábamos. Pero esos cuatro años de separación habían trastornado la vida de Donovan y ahora hasta las piezas familiares de su vida anterior -su madre, su casa, su habitación- debían resultarle totalmente ajenas.

-Intenta pelo no pensar en eso -sugirió Eddie, su pelo lanzaba destellos plateados y dorados con las luces brillantes que iluminaban el patio-. Más tarde vamos a jugar a dar vuelta el vaso. Sitienes ganas, puedes formar parte de mi equipo.

Me lanzó una sonrisa tan anplia y genuina que me hizo sonreír a mi también, por un instante, me sentí un poco menos estúpida por haberle contado algo tan íntimo.

-Lo tendré en cuenta- repuse mientras echaba un vistazo detrás de Eddie, a los dos chicos que siempre estaban con él, que nos observaban. No sabía sus nombres. Apenas hice contacto visual con ellos, giraron la cabeza. Miré a Eddie nuevamente-. Pero gracias igual.

-De nada, Theo -y tocó un sombrero imaginario de una manera tan tierna y noña que casi pude escuchar las burlas que sus amigos habrían de hacerle más tarde.

Me dirigí hacia el jardín y caminé sobre el césped perfectamente cuidado hasta la glorieta. Subí los escalones y me senté en el suelo con las piernas cruzadas bebí la cerveza y cerré los ojos, pero no pude apartarlo de mis pensamientos. A él. A Donovan.

Unas pisadas cruzaron el jardín haciendo crujir la alfombra de hojas secas. Al abrir los ojos, distinguí la oscura silueta de Hosea Roth recortada contra el cielo nocturno de otoño. Aferrando con cuidado la cerveza, me puse de pie. Al notar que había alguien, se detuvo.

-Ah. Perdón. Pensé que no había nadie.

-Espera-dije . Soy Theo.

Cuando emergí de las sombras, Hosea me observo con los ojos entornados.

-Bueno, veo que eres tú - acomodo algunos mechones de pelo sueltos detrás de la oreja. Dos veces en un día. Era algo reanente extraño, ya que antes el siempre habia formado parte del entorno. Aunque la mañana parecia muy lejana, yo recordaba cada segundo en que habíamos estado juntos, a solas. Nos miramos mutuamente y él sugirió: "Puedo marcharme.." justo cuando yo pregunté: "Tienes un cigarrillo?" ríó y luego extrajo un paquete del bolsillo del suéter

-¿Cigarros de clavo de olor es lo mismo?

Asentí y me senté en los escalones. Hosea se ubicó junto a mí, y se reclinó contra la madera pintada y fría. Su típica camiseta negra había sido reemplazada por un grueso suéter de algodón con capucha, de los que hay que colocarse por encima de la cabeza. Tal vez la camiseta estaba debajo. El calor me subió a las mejillas al pensar en eso, como si estuviera desvestiéndolo dentro de mi mente.

Separó un cigarro de clavo y me lo extendió. Primero encendió el mío, ahuecando la mano alrededor de la llama hasta que brotaron chispas del tabaco. Luego se inclinó hacia atrás, encendió el suyo e inhaló profundamente. Tenía una mandíbula cuadrada muy definida y lineas duras que hacían que su rostro se viera enojado, aun cuando no lo estaba. Me pregunté si alguna vez llevaría el pelo suelto, pues así su expresión podría parecer más suave y menos impasible.

-¿Qué piensa Marisa de esto? -preguntó mientras movía el cigarro de clavo en círculos lentos, enviando tirabuzones de humo en el aire.

-¿De funmar? Mejor no averiguarlo.

-¿Y de la cervcza? sonrió y, aun en la oscuridad. Supe que

era una sonrisa agradable.

Una no puede vivir solo del ballet sonreí y desvie la mirada mientras reflexionaba acerca de lo inesperado de la situación. Hosea Roth. Siempre habia estado cerca. Yo todavia estaba en la primaria cuando vino de Nebraska y se inscribió en la Escuela de Ashland Hills. Aun cuando los dos estuviéramos en la misma secundaria al año siguiente, nunca me había llamado la atención. Al menos, no por algo más que aquello por lo cual se lo conocia. Ahora no podía comprender cómo no me habia dado cuenta de que, detrás de su imagen, se ocultaba algo más profundo.

-Yo diría que sí -comentó mientras guardaba el encendedor en el bolsillo-. Que puedes vivir solo del ballet.

-¿Si?- sus palabras me hicieron sentir tímida pero comprendida, feliz pero nerviosa. Mientras procesaba lo dicho, tomé un sorbo de cerveza.

-En el estudio, estás completamente inmersa en tu propio mundo. Como si nada pudiera perturbarte.

La piel volvió a arderme al pensar en el observandome bailar. Había estado delante de Hosea casi en ropa interior, la piel sudorosa y estirando los musculos hasta el límite. Tal vez en ese momento no parecia algo inportante, ya que éramos muchos en la misma sala, y el estaba allí estrictamente para hacer el acompanamiento musical. Pero ahora, pensándolo de esa manera...aunque yo sabía que no estaba tocando específicamente para mí, bailar con la música que el producía me pareció algo muy íntimo.

-Yo no sabía que ese era tu... Si hubiera sabido que ibas ahí, no me habría presentado de esa manera. Por tu cara, parecía que deseabas que me largara de allí de inmediato.

-Puede ser -repuse lentamente. -Pero solo al principio.

Reí levemente y eso lo hizo reír también, y sucedió otra vez. Habría podido pasarme toda la noche escuchando su risa.

-¿En qué piensas? -preguntó. -¿Cuando estás bailando?

Cuando levanté la vista, sus ojos ya estaban posados en mí. Eché un vistazo fugaz a su rostro me pregunté por qué nunca antes había notado que me gustara tanto. Incluso partes que nunca pensé que podían agradarme, como la nariz. Tenía una buena nariz, fuerte, que hacía juego con el resto de sus rasgos. Vacilé, pero su voz era suave y pensé que no se estaba burlando de mí. Aun así, no estaba muy segura de decirlo. No todavía. Más allá de mis compañeros de danza, nunca había hablado con nadie acerca del ballet. No más allá de lo básico. Nadie más entiende que cuando mis pies están envueltos en las zapatillas de punta, siento que puedo hacer prácticamente cualquier cosa. Y me da vergüenza confesar que, si no existiera la danza, no tengo la menor idea de qué estaría haciendo.

Me aclaré la garganta y le di una pitada al cigarrillo para demorar la respuesta. Finalmente dije:

-Es una estupidez.

Golpeteó sus largos dedos contra la rodilla y luego me miró con sus ojos grises y claros.

-Cuando vivía en Nebraska, trabajé en una pieza de Rachmaninoff hasta que pude tocarla incluso con los ojos cerrados, de atrás para adelante, como fuera. A mi maestra de piano le encantó. Me observaba como si fuera una maldita *groupie*. Y luego se la toqué a mi mamá y lloró... durante toda la pieza.

Rachmaninoff. De modo que sabía de música. Me pregunté cómo lo mirarían sus amigos si supieran que la música era una parte tan importante de su vida. La música de verdad y no esa basura que tocaban Donnie Kenealy y su banda en el garaje de su casa. Ahora que sabía que realmente teníamos algo en común, comencé a mirarlo con otros ojos.

-¿Cuántos años tenías? -pregunté.

-No sé. Ocho? Pero... cuando toco, me pregunto qué estará pensando la gente. Cómo estarán interpretando la música

-me apuntó con el cigarrillo.- Tu turno.

-Pienso en mi futuro... -imaginé que Hosea era Kuthie o Josh o Marisa, las personas que entendían cuanto significaba el ballet para mí. Si pensaba en él como si fuera cualquier otra persona, incluso Sara-Kate, no sería capaz de completar la idea-. En bailar en un escenario de verdad, frente a un público de verdad. Una compañía de verdad. Lo distinto que sería.

-¿Es para eso que has estado trabajando todo este tiempo?- estiró sus largas piernas en los escalones de la glorieta y los pies apuntaron hacia el extremo del jardín donde había un enorme sicomoro al que se le estaba cayendo las hojas.

Asentí porque no supe cómo explicarle que el ballet era lo único en este mundo que me hacía sentir viva, que no me decepcionaba.

-Entonces, no es una estupidez -afirmó con una pequeña sonrisa, similar a la que nos había lanzado primera vez que tocó en el estudio. Pero esta fue más larga. Y no sé si se debió al aire fresco de la noche, pero un escalofrío corrió por mi espalda, porque esa sonrisa había sido solo para mí.

Golpeó el cigarro contra la glorieta y las chispas se despararon por el pasamanos y cayeron al suelo. Inhalé y sostuve el cigarro frente a mi boca para ver cuánto lograba aguantar sin romper el largo tubo de ceniza que se había formado en el otro extremo. Lancé una nube de humo y me pasé la lengua por los labios. No conocía a nadie que fumara cigarrillos de clavo de olor salvo Hosea. Yo solo los había fumado una vez, vez, hacía mucho tiempo, pero nunca había olvidado el sabor dulce que dejaban en los labios.

Nuestras miradas se fueron dirigiendo lentamente hacia la casa que estaba a lo lejos



Agradecimientos

Soy una persona realmente afortunada de conocer a tanta gente excelente que colaboró para que este libro se convirtiera en lo que es:

Tina Wexler, eres una joya absoluta. Nunca olvidaré el día en que tomaste mi pedido entre tantos otros. Estoy muy orgullosa de que seas mi agente. Gracias por el entusiasmo, la sabiduría, el humor y el profesionalismo, incondicionales. Valoro todo lo que haces.

Para Ari Lewin, mi excepcional editor: trabajar en este libro ha sido una de las experiencias más exigentes y gratificantes de toda mi vida. Desde el principio entendiste cuál era la

sabiduría, el humor y el profesionalismo, incondicionales. Valoro todo lo que haces.

Para Ari Lewin, mi excepcional editor: trabajar en este libro ha sido una de las experiencias más exigentes y gratificantes de toda mi vida. Desde el principio entendiste cuál era la historia que quería contar, y te estoy muy agradecida por tu gran compromiso para lograr que saliera correctamente. Gracias por ser siempre un editor y una persona sin igual; fuiste una ayuda enorme para que este sueño de toda la vida se convirtiera en algo verdaderamente especial.

Entre mis recuerdos favoritos están los sábados por la mañana que pasaba en la biblioteca y en la librería... también aquella vez que me regalaron para Navidad, a pedido mio, una gigantesca caja de libros. Tenía siete años cuando les conté que quería ser escritora y ustedes siempre me dijeron que llegaría a serlo algún día si me esforzaba mucho. Gracias por creer en mí. .

¿A dónde recurrir?

Si estás enfrentando alguno de los temas tratados en este libro, quiero que sepas que no estás sola ni solo. Intenta hablar con una persona de confianza o familiar.

Otros títulos:

Al final mueren los dos

Adam Silvera



@escritxrrandom

La reina roja

Victoria Aveyard



@escritxrrandom

Al final mueren los dos

Adam Silvera



@escritxrrandom

La reina roja

Victoria Aveyard



@escritxrrandom

Al final mueren los dos

Adam Silvera



@escritxrrandom

La reina roja

Victoria Aveyard



@escritxrrandom

Al final mueren los dos

Adam Silvera



@escritxrrandom

La reina roja

Victoria Aveyard



@escritxrrandom

Pointe finalizo su impresión en
plena pandemia del 2019..
Luego nos fundimos F. :(

